

EL PERFECTO ORADOR

En lo que constituyó una de sus numerosas contribuciones a la cultura romana, el Arpinate desarrolló en varios tratados los principios básicos de la retórica latina, adoptados del modelo griego, así como, sobre todo, las características que debía reunir en su opinión el perfecto orador, cuyas virtudes no habían de quedar limitadas a la estética del discurso, sino que debían ser puestas en práctica al servicio del Estado a través de la política y del ejercicio de las magistraturas. Ya al comienzo de su primera obra sobre retórica, escrita cuando todavía era un joven inexperto —simples «balbuceos y rudimentos que siendo un muchacho irreflexivamente di a conocer a partir de mis apuntes de clase», diría de ella más tarde—, expuso la que iba a ser su principal idea en ese terreno, según la cual un orador debía unir a un correcto uso de la palabra un amplio dominio de diversas materias del conocimiento, en particular la filosofía:

«...es la elocuencia más que la razón la que ha servido para fundar muchas ciudades, sofocar muchas guerras y establecer muchas y muy firmes alianzas y amistades inviolables. Así, tras largas reflexiones, el análisis me ha llevado a concluir que la sabiduría sin elocuencia es poco útil para los Estados, pero que la elocuencia sin sabiduría es casi siempre perjudicial y nunca resulta útil. Por ello, quien descuida el estudio noble y digno de la filosofía y la moral y consagra todas sus energías al ejercicio de la palabra se convierte en un ciudadano inútil para sí mismo y perjudicial para su patria. Por el contrario, quien se arma con la elocuencia no para luchar contra los intereses de su patria sino para defenderlos, éste, en mi opinión, será un hombre muy útil tanto para los propios intereses como para los intereses públicos y un leal ciudadano» (*Sobre la invención retórica* 1).

Pero fue entre los años 55 y 46 cuando Cicerón redactó sus grandes tratados de elocuencia y retórica —menos técnicos y más políticos que su obra juvenil—, en forma de una trilogía de contenido dispar. Publicó en primer lugar, tras el regreso de su destierro, en el año 55, su obra *Sobre el orador* (*De oratore*), en tres libros, a la que siguieron en el año 46, ya bajo la dictadura cesariana, *Bruto* (*Brutus*) y *El orador* (*Orator*).

Dedicada a su hermano Quinto y concebida, «a la manera de Aristóteles», en forma de diálogo ficticio, que habría tenido lugar en una finca de Túscolo en el año 91 —por lo tanto durante la adolescencia ciceroniana— entre ilustres oradores y políticos de aquella época (los consulares Lucio Licinio Craso, Marco Antonio —el abuelo del estrecho

colaborador de César y futuro triunviro— y el afamado jurista Quinto Mucio Escévola el augur, así como los jóvenes Publio Sulpicio Rufo y Cayo Aurelio Cota), *Sobre el orador* no pretendía ser un manual de retórica para principiantes, aunque se apoyaba en una sólida base teórica. Constituía en realidad **un tratado sobre la completa educación del hombre público**, pero **era ante todo un canto a la elocuencia como elemento civilizador en la historia de la humanidad, al uso soberano de la palabra como algo fundamental a la hora de medir el grado de libertad en el seno de una comunidad, como base de la convivencia entre sus ciudadanos:**

«Nada hay más preclaro que un orador completo. Pues para dejar a un lado la práctica oratoria, que es la reina en toda sociedad libre y en paz, hay una fuente de placer tan grande en el dominio mismo de la oratoria que no hay nada más agradable que la mente y el oído humano puedan percibir. Pues ¿qué canto más dulce puede hallarse que un discurso rítmico?... ¿Qué cosa hay más sutil que una inteligente concentración de pensamientos?... ¿Qué más completo que un discurso repleto de todo tipo de contenidos? Pues ninguna de las cosas que realmente deben ser expuestas con elegancia y seriedad son ajenas al orador... ¿Pues quién puede animar con más ardor a la virtud, quién más acremente apartarnos del vicio, quién con más aspereza denostar a los malvados y con mayor ornato ensalzar a los buenos, quién con mayor pasión quebrantar en la invectiva el inmoderado deseo? ¿Quién aliviar en el consuelo con mayor dulzura la tristeza?» (*Sobre el orador* II 34-35).

Sin embargo, fiel precisamente a la importancia que concedía al sentido del humor como recurso retórico, Cicerón encontró también espacio para ironizar con la figura del orador, presentando en labios de Antonio la retórica como un arte, pero en el que personas que no saben demasiado de aquello de lo que hablan tratan de convencer a otras de cosas que no conocen:

«Toda la actividad del orador se reduce a opiniones, no a saberes. Por una parte, hablamos ante quienes no saben, y por otra, decimos cosas que nosotros mismos ignoramos. Y así es que el público opina y juzga cosas diferentes acerca de un mismo asunto, y nosotros con frecuencia mantenemos posturas enfrentadas... cuando cualquiera de los dos defiende, según la ocasión, posturas distintas acerca de un mismo asunto, no pudiendo ser verdad más de una. En consecuencia, en la medida en la que estamos tratando de un asunto que se sostiene en la mentira, que raramente llega al conocimiento verdadero y que está al acecho de las opiniones y a veces los errores del público, así será mi exposición, si es que encontráis un motivo para escucharme» (*Sobre el orador* II 30).

Estas palabras ilustran al Cicerón capaz de expresarse con un lenguaje lleno de brillante ironía, y sirven de contrapunto a la casi solemnidad con la que su *alter ego* en la obra, Craso, portavoz de sus ideas a lo largo del diálogo, se expresa en relación con la figura del orador. En ese sentido, el Arpinate fue famoso en la Antigüedad por sus recursos humorísticos, hasta el punto de que parece que, tras su muerte, su liberto Tirón recopiló en varios

libros bromas y chistes de su patrono, y no en vano el uso del humor como arma retórica ocupa una gran parte del libro segundo de *Sobre el orador*. El humor fue presentado por Cicerón como un elemento esencial para el éxito de un orador, como elemento de distensión en un discurso o para captar la atención de los oyentes. A ese respecto, a pesar de su reconocida vanidad, hay que reconocerle asimismo una cierta capacidad para reírse de sí mismo, como muestra el episodio, referido en otro lugar, en el que —en su defensa de Plancio— narraba en público su ingenua decepción al regreso de Sicilia por el hecho de que su cuestura hubiera pasado desapercibida en Roma.

Como ya había preconizado en su obra retórica juvenil, Cicerón abogaba por un modelo de orador que «sea capaz de hablar de cualquier asunto con soltura y amenidad», para lo cual, junto con el lógico e imprescindible dominio de la palabra —unido a unas condiciones naturales: «la soltura de la lengua, el timbre de voz, los pulmones, el vigor físico»—, era necesario que adquiriera una amplia y variada cultura, entre la que el Arpinate destacaba el conocimiento del derecho público y privado, e incluía algo parecido a lo que hoy llamaríamos «psicología de masas»:

«Pues si alguien ha establecido que es orador quien tan sólo pueda hablar con soltura ante el pretor o en los tribunales, ante el pueblo o en el Senado, con todo es forzoso que a este mismo se le atribuya y conceda muchas cualidades; pues sin una intensa práctica de todos los asuntos públicos, sin el conocimiento de las leyes, las costumbres, el derecho, y desconociendo la naturaleza y el carácter de los hombres, no es posible moverse en estos mismos temas con la suficiente soltura y pericia» (*Sobre el orador* I 48).

De acuerdo con la teoría retórica tradicional —Cicerón afirma haber escrito sobre «el arte oratorio según la doctrina de Aristóteles y de Isócrates» adaptada a la realidad romana—, un discurso había de constar de cinco elementos fundamentales: hallar los argumentos más convenientes (*inventio*); ordenarlos de la manera más efectiva (*dispositio*); exponerlos con el lenguaje adecuado a la situación y al público (*elocutio*); memorizar el contenido del discurso de manera que fluyera de un modo natural y no forzado (*memoria*); y, finalmente, interpretar todo ello con los adecuados gestos, miradas e inflexiones de voz (*actio*), con técnicas semejantes a las de un actor de las artes escénicas. Se trataba, en definitiva, de «tener en cuenta tres cosas: qué decir, en qué orden y cómo» (*El orador* 43).

El discurso, a su vez, debía estar compuesto de acuerdo con una sucesión narrativa predeterminada: el proemio (*exordium*), en el que el orador realizaba una introducción al tema objeto de su intervención, intentando atraer la atención y la simpatía de sus oyentes; la narración (*narratio*), que

constituía la parte central, la más amplia del discurso, con la exposición de los argumentos propios y la refutación de los contrarios (*argumentatio, refutatio*); y la recapitulación final o *peroratio*, en la que se debían sintetizar los principales argumentos e, incluso, apelar a los sentimientos de los oyentes para conmoverles y conducir su opinión en la dirección deseada. Cicerón, como no podía ser de otra manera, adoptó sin discusión estas reglas básicas de la ortodoxia retórica, importadas del mundo griego donde él había tenido ocasión de estudiar durante su juventud. Sin embargo, no las desarrollaría extensamente en su obra —de hecho, ni siquiera utilizó los términos técnicos pertinentes, sin duda para evitar que el diálogo pudiera ser tomado como un simple manual—, sino que se limitó a sintetizarlas espléndidamente como corresponde a un perfecto conocedor de la práctica oratoria:

«Y al estar dividida en cinco apartados la fuerza y la habilidad del orador, que en primer lugar tenía que encontrar lo que tenía que decir, seguidamente distribuir y colocar lo hallado no sólo con orden sino con un cierto ritmo y prudencia; y por fin, revestir y adornar entonces el discurso; tras ello, afianzarlo con la memoria y por último ejecutarlo con decoro y donaire. Igualmente sabía y había aprendido que, antes de hablar del asunto, teníamos que propiciarnos el ánimo de los que nos escuchaban, que después había que exponerlo; tras ello, establecer los términos del debate; que entonces teníamos que dejar seguro aquello que pretendíamos y después rebatir lo que se dijera en contra. Y que al final del discurso había que amplificar y aumentar lo que nos favoreciera, así como debilitar y aun quebrar lo que favoreciera a la parte contraria» (*Sobre el orador* I 142-143).

El *Sobre el orador* era ante todo un alegato sobre cuál debía ser la formación del orador ideal, y cuál su función y la de la oratoria en la Roma del siglo I a.C. Se trata de una obra concebida sobre bases filosóficas —de hecho Cicerón la incluyó entre sus libros de filosofía—, pero, al mismo tiempo, escrita con vocación de ser aplicada en la práctica en el contexto de la política de la época. Es un planteamiento lógico por parte de quien no veía en la retórica una simple técnica, sino un instrumento para hacer política en beneficio de la comunidad, el objetivo supremo. El orador había de ser sabio y docto, así como conocer la teoría de la comunicación, pero era la práctica la que realmente importaba.

Una década más tarde, en la que fue la última de sus obras de contenido retórico, *El orador*, dedicada a Marco Junio Bruto, Cicerón volvió a plantear sus ideas básicas sobre el orador ideal. Al margen de consideraciones estilísticas, su principal propuesta volvió a ser la de un orador que no fuera un mero estudioso de la técnica retórica, sino una persona profundamente culta, conocedora del mayor número posible de disciplinas, incluso de la física, pero sobre todo la filosofía, el derecho y la historia. La idea que guiaba su

argumentación era que el conocimiento de la materia debía preceder a las palabras y no al revés:

«Y no debe sólo estar instruido en la dialéctica, sino que debe también tener conocimientos y práctica de todos los temas de la filosofía. Y es que sin esta ciencia que acabo de citar no podrá hablar ni explicar con profundidad, con amplitud y con abundancia, nada sobre la religión, nada sobre la muerte, nada sobre la piedad, nada sobre el amor a la patria, nada sobre el bien y el mal, nada sobre la virtud y el vicio... temas que muchas veces se presentan en las causas y que son tratados con excesiva sequedad... Pretendo que el orador tenga del tema del que va a hablar un conocimiento digno de oídos cultos antes de pensar con qué palabras o de qué manera lo dirá. Pretendo incluso que, para ser grande y en cierta forma sublime... debe conocer la física... Y si ha de conocer las cosas del cielo, no quiero que ignore tampoco las del hombre. Conozca el derecho civil, del que necesitan todos los días las causas del Foro. ¿Qué hay más vergonzoso que aceptar la defensa de causas legales y civiles, desconociendo las leyes y el derecho civil? Conozca también la sucesión de los hechos y la historia del pasado, sobre todo de nuestra ciudad, pero también de los pueblos dominantes y de los reyes ilustres... El recuerdo del pasado y el recurso a los ejemplos históricos proporcionan, con gran deleite, autoridad y crédito a un discurso» (*El orador* 118-120).

En cuanto al **Bruto**, publicado en la primavera del año 46, se trata de una historia de la elocuencia en Roma —que incluye en consecuencia una breve síntesis autobiográfica del propio Cicerón como orador—, concebida asimismo en forma de un diálogo celebrado en la casa ciceroniana del Palatino, en el que participan Ático, Bruto, al que está dedicada la obra, y el propio Cicerón, que se sitúa a sí mismo en una posición de autoridad frente a sus interlocutores. En ella son mencionados más de doscientos oradores romanos en orden cronológico, en lo que constituyó sin duda la culminación de años de investigación por parte del Arpinate, muy probablemente con la ayuda de su amigo Ático, quien había estado trabajando en la historia de Roma. Cicerón comenzó su relación de oradores con Lucio Junio Bruto, quien, según la tradición, había expulsado de Roma a la familia de los Tarquinios y acabado así con la monarquía en el año 509. El Arpinate afirma que «todo esto no hubiera podido lograrlo sin el poder persuasivo de la elocuencia», de modo que vinculaba el establecimiento de la República —para los romanos la institución de la libertad (*institutio libertatis*) frente a la tiranía (*regnum*) de Tarquinio el Soberbio— con la expresión libre de la palabra. Como en *Sobre el orador*, el debate era presentado estrechamente unido a la civilización: oratoria, libertad y política eran desde esa perspectiva tres conceptos clave a la hora de entender la esencia del Estado romano.

A partir de ese momento, la oratoria habría ido madurando en Roma como si de un ser vivo se tratara, desde su insegura infancia al comienzo de la República hasta su brillante madurez en la época ciceroniana, aunque

momentáneamente, cuando Cicerón escribió su tratado, la dictadura cesariana había eliminado la libertad de la vida pública, haciendo que el Foro, «teatro del talento» del pueblo romano, quedara «despojado y privado de una voz erudita y digna de los oídos romanos y griegos» (*Bruto* 6).

De acuerdo con esa progresión, Marco Porcio Catón, el Censor, habría sido en la primera mitad del siglo II a.C. el primer gran orador de la historia de Roma, capaz de pronunciar brillantes discursos «en la forma y en los contenidos», pero con un lenguaje aún imperfecto y arcaico. El siguiente hito estaría señalado por Marco Emilio Lépido Porcina, quien no sólo habría sido un buen orador, sino también un excelente escritor, dos elementos importantes para Cicerón, para quien un orador debía ser capaz también de redactar correctamente. Lépido Porcina habría sido el primer orador romano dotado de un estilo fluido y artístico parangonable a los griegos. Cita el Arpinate más adelante como excelentes oradores a los dos hermanos Sempronio Graco, en particular Cayo, «hombre de destacadísimo talento», de «palabras solemnes, opiniones sabias, estilo elevado», pero, desgraciadamente, defensor de ideas revolucionarias perjudiciales para el Estado romano. El comienzo de la madurez oratoria en Roma se habría alcanzado con Craso y Antonio —significativamente los dos principales protagonistas del diálogo *Sobre el orador*—, al comienzo del siglo I. Con ellos, la elocuencia romana se habría igualado definitivamente a la griega. Sin embargo, Cicerón —pensando en sí mismo— deja claro que con Craso y Antonio no se logró la perfección, puesto que, para ello, era necesario un orador que «tuviera una más sólida formación en filosofía, derecho civil e historia» (*Bruto* 161).

Llega así Cicerón a su propia época, en la que omite entre otros a Mario, Sila, Clodio y Catilina, mientras alaba a César por boca de Ático, y critica a Craso, «con una formación cultural mediocre y dotes naturales aún más limitadas», así como al «grandilocuente» Pompeyo, demasiado atareado en cuestiones militares como para mejorar su oratoria. De entre los políticos de su generación se detiene muy especialmente en Quinto Hortensio Hortal, a quien, además, dedica un sentido elogio funerario al comienzo de la obra. En él, obsequia a Hortensio con todo tipo de alabanzas (brillante, elegante, armónico, dotado de excelente memoria, etc.) y lo considera el mejor orador en los años posteriores a la dictadura de Sila, cuando el Arpinate estaba todavía en formación. Los elogios de Cicerón hacia Hortensio —tanto si eran ajustados a la realidad o exagerados— eran sin duda sinceros, pero

constituían asimismo una excelente argucia retórica para engrandecer su propia figura como orador. Ambos políticos se habían enfrentado en diversas ocasiones en los primeros años de la carrera del Arpinate —por ejemplo en el juicio contra Verres, al que defendía Hortensio, pero también en el de Quincio o en el de Cornelio—, para confluir poco a poco y acabar por combinar sus habilidades oratorias en aras a conseguir un mismo objetivo político o judicial (por ejemplo en la defensa de Rabirio o de Sestio). Pero era una opinión extendida en la sociedad romana —que el Arpinate se encargaría de poner de relieve en el diálogo— que Cicerón había desplazado a Hortensio como el mejor orador de su época:

«(*Hortensio) había perdido, como si se tratara del color de una vieja pintura, tanta elocuencia cuanta no podría percibir cualquiera del pueblo, sino sólo un crítico competente y entendido. Con el paso de los años renqueaba, además de en las demás partes de la elocuencia, especialmente en la rapidez de dicción y en la formación de los períodos: parecía que cada día se hacía más diferente de sí mismo. Yo, en cambio, no cesaba de robustecer mi talento... tanto por mi asiduidad y el celo demostrados en las causas como por mi estilo oratorio, bastante original y nada común, me había granjeado la simpatía del público con una oratoria totalmente nueva» (*Bruto* 320-321).

De esta manera, al agrandar los méritos de Hortensio, Cicerón no hacía sino magnificar los suyos propios. Porque sólo él representaba la culminación absoluta del arte oratorio en Roma, él era —según sus propios parámetros planteados en sus escritos sobre retórica— el perfecto orador dotado, tanto de un saber enciclopédico (filosofía, derecho, literatura, historia) como de una técnica extraordinariamente depurada, capaz de hacer reír o llorar, de conmover y llevar en definitiva al auditorio al terreno que más interesaba al orador. Cuando describe en negativo el modelo ideal de orador, es evidente que es a sí mismo a quien está describiendo:

«De mí no diré nada; hablaré de los demás, entre los cuales no había nadie que pareciera haberse dedicado más a fondo que el común de los hombres al estudio de las letras, donde se encuentra la fuente de la perfecta elocuencia; nadie que hubiera abrazado la filosofía, madre de todas las buenas acciones y de todas las buenas palabras; nadie que hubiera aprendido el derecho civil, ciencia sumamente necesaria para las causas privadas y para la competencia del orador; nadie que dominara la historia romana, de donde poder resucitar de los infiernos, cuando fuera necesario, a los más cualificados testigos (*mediante el recurso a los ejemplos positivos y negativos de la historia de Roma); nadie que, burlándose de su adversario mediante una argumentación concisa y aguda, supiera aliviar los ánimos de los jueces y conducirlos por un momento de la seriedad a la hilaridad y la risa; nadie que pudiera ampliar el discurso y conducirlo desde una discusión propia y definida, limitada a una persona y a una circunstancia, hasta una cuestión común de tipo universal; nadie que, con el fin de deleitar al auditorio, supiera apartarse por un momento de la causa mediante digresiones; nadie que pudiera provocar verdaderamente la ira o el llanto del juez; nadie que supiera impulsar su propio ánimo —y ésta es

la única característica esencial de un verdadero orador— adondequiera que exigiera el interés de la causa» (*Bruto* 322).

Es ese tipo de político-orador en el que pretendía retratarse a sí mismo el que Cicerón veía como el gobernante ideal para la Roma republicana, por encima del político-general que se había ido imponiendo a lo largo del siglo I (Mario, Sila, Pompeyo, César). En ese sentido, el Arpinate nunca dejaría de proclamar la preeminencia de la elocuencia frente a la guerra, de la contribución del orador al bien común frente a la del militar, por importante que los triunfos bélicos hubieran sido en la historia de Roma y en la creación de su Imperio:

«En efecto, ciertamente ha reportado más dignidad a este pueblo aquel que... no sólo ha hecho ilustre, sino también ha creado en esta ciudad la abundancia oratoria, que aquellos que conquistaron las fortalezas de los ligures, sobre los cuales, como sabéis, tenemos en nuestro haber muchos triunfos (*los diversos pueblos ligures fueron sucesivamente vencidos por Roma en el primer cuarto del siglo II a.C.). Y, a decir verdad, si exceptuamos las resoluciones divinas que han permitido a menudo a la sabiduría de los generales mantener sano y salvo el Estado, tanto en la guerra como en la paz, un gran orador es muy superior a los generales de poca consideración» (*Bruto* 255-256).

Es evidente que Cicerón, cuando hubiera de trasladar esta tesis general al terreno práctico habría de verse a sí mismo con los mismos o mayores méritos que los grandes *imperatores* de su época. No resulta por ello extraño que, cuando estaba comenzando la guerra civil entre Pompeyo y César, afirmara en una misiva dirigida a Ático que consideraba sus logros superiores a los de aquéllos y, en cualquier caso, su comportamiento más propio de un patriota:

«Yo no sólo no antepongo las gestas de estos dos grandísimos generales (*César y Pompeyo) a las mías, sino ni siquiera la propia fortuna, por más que la suya parezca espléndida y la que a mí me abrume extraordinariamente espinosa. Pues ¿quién puede ser feliz cuando la patria ha sido abandonada o bien asediada por él? Y si, como tú me señalas, llevaba razón en aquellos libros míos (**Sobre el Estado*) al decir que nada es bueno excepto lo honorable, nada malo excepto lo deshonesto, sin duda los más desgraciados son esos dos que siempre pospusieron ambos la salvación y dignidad de la patria a su propio poder y sus conveniencias particulares» (*Cartas a Ático* X 4,4).

Al comienzo de *Sobre el orador*, Cicerón se preguntaba de manera retórica si, por su importancia y utilidad, puesto que los éxitos militares habían sido decisivos en la construcción de la Roma imperial, no sería lógico colocar al general (*imperator*) por encima del orador (*orator*):

«¿Pues quién hay que —si pretende medir los méritos de varones famosos con la utilidad o

importancia de su actuación— no vaya a poner a un general por delante de un orador? ¿Y quién por otra parte va a dudar que tan sólo de esta ciudad podemos presentar ilustres generales casi sin cuenta, mientras a duras penas unos pocos que descuelen en la oratoria?» (*Sobre el orador* I 7).

Los tres libros que siguen a esa pregunta no son sino un intento de darle una respuesta que conduce inevitablemente a la superioridad sobre el jefe militar del orador ciceroniano, convertido en autoridad y guía del Estado (Cicerón se refiere a él como *dux*, *rector* o *princeps*) gracias a su principal arma, su capacidad de persuasión, en definitiva la palabra. Por mucho que los generales hubieran sido importantes en la historia de Roma —y el Arpinate reconoce su relevancia— siempre debían quedar sometidos a las leyes civiles, las que realmente habían hecho grande al Estado romano. Para Cicerón, que vivía en una época en la que el campamento y el campo de batalla aumentaban constantemente su influencia en detrimento de la Curia y del Foro, el ejército no podía ser en ningún caso un trampolín lícito *per se* para la obtención del poder. Era en cambio un instrumento imprescindible para dotar de estabilidad al Estado romano, a través de la preservación del orden establecido tanto en Roma como en el conjunto del Imperio. Desde la perspectiva de Cicerón, el político, tal y como él lo entendía, siempre sería superior al militar.

Del mismo modo, el orador superaba también en méritos al jurista, la tercera gran ocupación de un hombre público, aunque precisara para su formación de los adecuados conocimientos en el campo del derecho:

«Como dicen que pasa entre los artistas griegos, que son flautistas los que no han podido llegar a ser citaristas, así vemos nosotros que los que no han podido salir oradores han venido a parar al estudio del derecho. Es duro el trabajo de la oratoria, importantes los asuntos que trata, considerable su dignidad; pero su influencia no tiene límites. En efecto, de vosotros se desea obtener alguna medida saludable; de los oradores, la salud misma. Además vuestras respuestas y decisiones, no sólo se echan abajo muchas veces con la palabra sino que no pueden permanecer en pie sin la defensa de los oradores» (*En defensa de Murena* 29).

En la Roma republicana existían tres ámbitos en los que un orador podía hacer gala públicamente de su elocuencia: en el Senado, en los tribunales y ante el pueblo. Los debates políticos eran consustanciales a las sesiones del Senado en la Curia —excepcionalmente celebradas en otros lugares, como por ejemplo templos—, en las cuales los senadores intervenían jerárquicamente, comenzando por los ex cónsules y siguiendo con los demás ex magistrados de acuerdo con el orden del *cursus honorum* hasta llegar a los ex cuestores, que probablemente nunca o casi nunca intervenían, y siempre bajo la supervisión del líder del senado (*princeps senatus*), que dirigía la

reunión. Evidentemente, el Senado fue el centro de la oratoria política de Cicerón, el lugar en el que con mayor frecuencia se prodigó como orador, aunque sólo una pequeña parte de sus intervenciones se han conservado por escrito o son mencionadas al menos por las fuentes antiguas.

Es indudable que, al menos en teoría, sus intervenciones hubieron de aumentar en número y en autoridad tras el desempeño del consulado, cuando, convertido en consular, sería siempre uno de los senadores con derecho a hablar en los primeros turnos de intervenciones. Sin embargo, las circunstancias políticas y su débil posición en muchos momentos —su exilio, la guerra civil y la dictadura cesariana— hicieron que Cicerón fuera en ocasiones postergado, provocando sus quejas por no ser autorizado a intervenir en primer lugar. De ello se lamentaba en una carta a Ático, escrita en enero del año 61. Narra dolido a su amigo —aunque al mismo tiempo quita hierro al asunto y hace, como otras veces, de la necesidad virtud—, cómo no se le había concedido la primera palabra en la sesión del Senado, como él hubiera esperado de su dignidad, sino que hubo de hablar después de Cayo Calpurnio Pisón, cónsul en el año 67, aunque al menos antes que otros personajes ilustres, como Quinto Lutacio Cátulo, cónsul en el año 78 y censor en el 65, y Hortensio, cuestión que destaca ante Ático para resaltar la superación de quien había sido su gran rival en la oratoria:

“Has de saber, pues, primeramente, que no se me pidió mi parecer el primero, y me colocaron delante al pacificador de los alóbroges (*Pisón); que ello se hizo en medio de los murmullos del Senado, mas no contra mi voluntad: en efecto, he quedado libre de consideraciones para con un hombre perverso, y expedito para mantener mi dignidad en los asuntos públicos contra sus deseos; además, quien habla en segundo lugar tiene casi la autoridad del primero, pero no demasiado compromiso con el cónsul. El tercero es Cátulo; el cuarto, si también quieres saberlo, Hortensio” (*Cartas a Ático* I 13,2).

Por lo que respecta a los tribunales permanentes, ante ellos hubo de intervenir Cicerón a lo largo de su vida, habitualmente como abogado defensor, excepcionalmente como fiscal. Lo hizo, al igual que en el Senado, con continuidad y regularidad, al menos desde el año 81, cuando defendió a Quincio, y de él se conocen más de cincuenta intervenciones en juicios, aunque sólo una parte de sus discursos forenses se han conservado. Cicerón se consideraba por encima de todo un orador judicial, tarea a la que concedió una enorme importancia, en primer lugar por el grado de dificultad que implicaba, puesto que suponía el dominio del derecho, tanto público como privado, aspecto al que dedicó un gran espacio en el libro primero de su *Sobre el orador* y que constituyó parte importante de su formación durante su

juventud. Por otro lado, consideró siempre su participación en los tribunales un deber moral hacia sus amigos y allegados, pero también significó el trampolín más importante para su ascenso político y social, puesto que fue en los tribunales donde el *homo novus* de Arpino se dio a conocer y adquirió notoriedad.

El tercer ámbito en el que un orador romano podía ejercer su habilidad oratoria era ante el pueblo, reunido en un determinado tipo de asamblea, la *contio*, en la que, a diferencia de los comicios, era posible hacer uso de la palabra y establecer debates, pero en la que nunca se llevaba a cabo una votación, por lo que se trataba de una asamblea deliberativa, pero no decisoria. Aunque en una ocasión se refirió a la *contio* como «el principal escenario del orador» (*maxima oratoris scaena*), Cicerón habló ante el pueblo sólo esporádicamente y prefirió siempre la elocuencia judicial y la puesta en práctica en la Curia. De hecho, pronunció su primer discurso en la asamblea popular en el año 66, cuando siendo pretor contaba ya con cuarenta años de edad. Lo hizo en favor de la ley del tribuno Manilio, que pretendía —como consiguió— conceder a Pompeyo el mando supremo en Oriente contra el rey Mitrídates. Cicerón intervino a favor de la corriente, pronunciándose positivamente sobre el proyecto legislativo sabiendo que éste contaba con el apoyo de la mayor parte de la sociedad. A modo de *captatio benevolentiae*, comenzó su discurso justificando su ausencia de la tribuna de oradores hasta entonces y halagando los oídos de los asistentes:

«Aunque vuestra numerosa concurrencia siempre me ha parecido sumamente grata y este lugar (*la asamblea del pueblo) el más digno para tratar los asuntos del Estado y el más honroso para un orador, sin embargo, Quirites, no mi propio querer sino la norma de conducta que yo me había trazado desde mi juventud, me cerraron hasta hoy esta puerta hacia la fama, la cual siempre estuvo bien abierta para todos los mejores ciudadanos. Pues, no atreviéndome antes a ocupar aún esta tribuna tan autorizada (*la tribuna de oradores) y convencido de que aquí sólo cabía presentar obras acabadas, que fueran fruto del talento y estuvieran expresadas con esmero, creí un deber consagrar todo mi tiempo a las necesidades de mis amigos (*en los tribunales de justicia)» (*En defensa de la ley Manilia* 1).

A pesar de esas palabras aduladoras, Cicerón no tuvo en gran estima a los asistentes a las *contiones*, fundamentalmente componentes de la plebe urbana, a quienes veía como personas incultas y fácilmente manipulables, cuya opinión de ninguna manera podía tener el mismo valor que la de la elite de la sociedad romana. Así definiría en privado a los habituales participantes en las *contiones*: «esa asamblea sanguijuela del tesoro público, el populacho miserable y hambriento» (*Cartas a Ático* I 16,11). Asociaba ese

tipo de asambleas con la sedición y con el desorden, eran para él un foco de rumores insidiosos, y sólo las valoraba como positivas cuando él mismo o quienes pensaban como él las convocaban o participaban en ellas. En las asambleas en las que él intervenía, el Arpinate destacaba por lo general la inusitada asistencia de una gran cantidad de público, de «todo el pueblo romano», incluso de «toda Italia» (con estas palabras comienza su cuarta *Filípica*: «Vuestra increíble afluencia, ciudadanos, y esta asamblea tan numerosa como no recuerdo otra igual avivan en mí el mayor ardor a la hora de defender la República»). Por el contrario, a las asambleas de sus rivales acudía gente supuestamente contratada o sobornada por ellos, sus asistentes actuaban con frecuencia de manera violenta y se caracterizaban por su estulticia («la asamblea popular está formada por la gente más ignorante»: *Sobre la amistad* 95).

En cualquier caso, Cicerón fue consciente de la importancia que tenía, en determinadas ocasiones, ofrecer directamente al pueblo una versión de los hechos o una información concreta que pudiera ayudar a crear una corriente de opinión. Así lo hizo durante su consulado, tanto en el proceso de discusión del proyecto de ley agraria que había presentado el tribuno de la plebe Rulo, contra el que se expresó con claridad, como en el contexto de su lucha contra la conjura de Catilina, cuando pronunció dos de sus *Catilinarias* ante el pueblo, con el fin de convencer a la plebe de los peligros que el éxito de los conspiradores acarrearía para ella en especial. Pero, en el conjunto de su carrera política, la práctica de la oratoria ante el pueblo fue para Cicerón una circunstancia casi excepcional, como lo prueba el hecho de que, en las dos décadas que transcurrieron entre su consulado en el año 63 y su muerte en el 43, apenas conocemos intervenciones suyas en asambleas populares, entre ellas el discurso que pronunció inmediatamente después de su regreso del exilio y dos de sus *Filípicas*, de las que las doce restantes tuvieron lugar en el Senado. En ello influyó sin duda una cierta renuencia por su parte a enfrentarse al pueblo como orador, pero también una dificultad práctica, puesto que, al no haber desempeñado desde el año 63 ninguna otra magistratura, en tanto que particular sólo podía intervenir en una asamblea si contaba con la invitación o autorización previa del magistrado que la hubiera convocado, lo cual dificultaba su acceso a la tribuna de oradores.

En consonancia con los tres posibles escenarios de la oratoria en Roma, el tipo de público ante el que debía intervenir el orador alternaba entre la aristocracia más ilustre, que formaba parte de la Curia senatorial; caballeros y

senadores que componían conjuntamente los jurados ante los que abogados y fiscales debían hacer valer sus argumentos —si bien el juicio era público y se desarrollaba habitualmente en el Foro en presencia de quien deseara asistir al proceso—; y la plebe urbana de Roma que constituía el grueso de los habituales asistentes a las asambleas populares, que podían tener lugar en diversos lugares de la ciudad, fundamentalmente el Foro o el Comicio, pero también el Circo Flaminio y ocasionalmente otros espacios dotados de la suficiente amplitud para acoger a los asistentes.

La variedad de actos con diversas finalidades en los que debía participar un orador a lo largo de su carrera (debates políticos y legislativos, juicios, elogios funerarios, etc.), así como la heterogeneidad de un público que tanto podía estar formado por las personas mejor preparadas desde el punto de vista cultural como por analfabetos, obligaba a quien aspirara al éxito a utilizar diversos registros oratorios para acomodarse a cada circunstancia («que a los entendidos tu discurso parezca elocuente y al vulgo incluso verdadero»), utilizando alternativamente de manera preferente la razón o la emoción para persuadir a la audiencia. Cicerón tuvo siempre en cuenta la procedencia y extracción social de su público a la hora de componer sus discursos, utilizando argumentos más técnicos y políticos al hablar en tribunales y Senado, pronunciando en cambio discursos más cortos y simples ante el pueblo, en los que dominaba el sentimiento y la pasión, al tiempo que utilizaba comparaciones e imágenes con el fin de hacer comprensible lo que consideraba más importante:

«Y en el Senado esto (*persuadir mediante un discurso) hay que hacerlo con menor aparato; pues se trata de un órgano consultivo sabio, y hay que dar lugar a que hablen otros muchos e incluso hay que evitar la sospecha de que queremos exhibir nuestro talento. En cambio la asamblea popular (*contio*) absorbe todo el vigor y la seriedad de un discurso y requiere cambios de tono... En cuanto a dar consejos sobre asuntos públicos, resulta imprescindible conocerlos; y para hablar con posibilidades de convencer, conocer la psicología de los ciudadanos; y como frecuentemente cambia, también con frecuencia ha de cambiar el tono del discurso... ya que... los cambios de actitud en las masas son muy considerables, parece que hay que adoptar un tono en el discurso en cierto modo más solemne y brillante. Y la mayor parte del discurso ha de moverse para concitar, mediante la exhortación y el recuerdo, un cambio de actitud hacia la esperanza, el miedo, el deseo o la gloria, y también a menudo para apartarlos de la irreflexión, la ira, la esperanza, la injusticia, el odio y la crueldad» (*Sobre el orador* II 333-337).

La técnica retórica, universalmente aceptada en lo que constituían sus principios básicos, se traducían en la práctica en diversos estilos de oratoria. En época ciceroniana existía desde el punto de vista estético una confrontación entre los oradores neoatícos y los asianistas, términos

tomados del mundo griego. Los primeros se caracterizaban por un estilo sobrio y conciso, en el que las emociones eran controladas para dejar paso fundamentalmente a la racionalización del discurso. Los asianistas, en cambio, preferían un estilo grandilocuente y pomposo, recurriendo frecuentemente al patetismo y al dramatismo en busca de provocar la emoción entre sus oyentes. Tal y como se desprende del anterior pasaje de su *Sobre el orador*, Cicerón abogaba por el orador total, dominador de ambos estilos y capaz de transformar su modo de perorar en función del público presente. También en *El orador*, en el que realiza una abierta crítica a los neoaticistas latinos, propugnaba el Arpinate un cierto eclecticismo estético:

«Tres son los tipos de estilo en los cuales por separado han sobresalido algunos, pero —y esto es lo que buscamos— muy pocos lo han hecho por igual en todos. Hubo, en efecto, algunos, por así decir, grandilocuentes (*los asianistas), con gran profundidad de pensamiento y elegancia de palabra, vehementes, variados, abundantes... preparados para mover y arrastrar los ánimos... Hubo, en el lado opuesto, otros (*los aticistas) sencillos y agudos, que lo demostraban todo y lo exponían con claridad, no con amplitud, pulidos en una especie de estilo sobrio y apretado... Y hay un tipo intermedio (*mezcla de aticismo y asianismo), en cierta forma moderado, que no recurre ni a la agudeza de los últimos ni a la amplitud de los primeros... Sabemos, en efecto, que hubo algunos que hablaban con elegancia y con majestad y al mismo tiempo con agudeza y con sobriedad. ¡Ojalá pudiéramos encontrar entre los latinos un orador así!» (*El orador* 20-22).

Cicerón no se adhirió efectivamente de manera rígida a un determinado estilo, sino que consideró que el estilo perfecto era aquel que se adecuaba a lo que convenía en cada ocasión («no hay en ningún estilo ninguna cualidad oratoria de la cual no se encuentre en mis discursos al menos un ensayo»: *El orador* 103). Sin embargo, su modo de entender la práctica oratoria estaba, dado su temperamento vehemente, mucho más cerca de los asianistas. El estilo ciceroniano se caracterizó por la utilización de múltiples recursos retóricos; por su exuberante riqueza verbal —para los aticistas excesiva por redundante—; por una cuidada composición rítmica (no hay que olvidar el hecho fundamental de que Cicerón establecía una estrecha relación entre la intervención oral y su puesta por escrito, viendo el discurso ante todo como una obra literaria, lo que explica en parte su interés por la publicación de sus discursos, incluso de aquéllos que nunca fueron pronunciados en público, como la mayor parte de las Verrinas o la segunda *Filípica*); por una formidable expresividad emocional, especialmente en los discursos ante el pueblo, que difícilmente dejaría indiferente a la audiencia. La falta de emotividad era precisamente el principal reproche que el Arpinate hacía al estilo oratorio de Cayo Licinio Calvo, el gran abanderado del neoaticismo

entre los contemporáneos de Cicerón, dotado de gran cultura literaria, con una oratoria «cuidada y refinada», con un estilo correcto pero, en su opinión, excesivamente contenido:

«Por ello, su oratoria, atenuada por excesivos escrúpulos, resultaba brillante para los expertos y los oyentes atentos, pero la multitud del Foro, para quien nació la elocuencia, se la tragaba sin degustarla» (*Bruto* 283).

En claro contraste con el modo de proceder de Licinio Calvo, Cicerón, pensando sin duda de nuevo en sí mismo, dejaba claro a continuación cuál era su modelo de orador en acción, aquel que lograba mediante sus palabras y con su pasión una total empatía con los oyentes:

«Cuando estos áticos hablan (*«estos áticos nuestros», los oradores romanos que entonces practicaban ese estilo), se va no sólo el público —cosa humillante ya de por sí—, sino también los abogados asistentes... Quiero que al orador le suceda lo siguiente: que cuando se corra la voz de que va a hablar, se coja sitio en los bancos, el tribunal se llene, los escribanos se muestren complacientes en indicar un sitio o en ceder el propio, los círculos del público multipliquen las filas, los jueces estén erguidos y atentos; que, cuando se levante el que deba hablar, el público haga señales para que se guarde silencio; luego, que dé repetidas muestras de asentimiento y muchas pruebas de admiración; que haya risas, cuando él quiera y, cuando lo quiera, llantos, de modo que quien vea todo esto de lejos, aun sin saber de qué se trata, comprenda, no obstante, que quien está hablando es del agrado general y que sobre la escena es un Roscio (*Quinto Roscio Galo era un famoso actor de la época, ya mencionado por Cicerón en *Sobre el orador* como modelo de actuación para un orador)» (*Bruto* 289-290).

Hay en los discursos ciceronianos conservados múltiples ejemplos de dramatismo, ampulosidad y apelación a los sentimientos de su audiencia. Baste como ejemplo el modo en que, ante los correspondientes tribunales, el orador puso fin a sus discursos respectivamente en defensa de Flaco y de Milón:

«A ese infortunado muchacho (*el hijo de Lucio Valerio Flaco), que os suplica, jueces, a vosotros y a vuestros hijos, si vais a señalarle las normas que deben regir su vida con la decisión que aquí toméis... os suplica que no aumentéis su dolor con las lágrimas de su padre ni la pena de su padre con su propio llanto... Tened compasión de esa familia, tened compasión de un padre lleno de valor y tened compasión de su hijo. Salvad para la República ese nombre (*Flaco llevaba el nombre de la famosa *gens* Valeria), símbolo de gloria y de fortaleza por la nobleza del linaje, por su antigüedad y por la persona que lo ostenta» (*En defensa de Flaco* 106).

«¡Dichosa la tierra que acoja a este hombre (*en el caso de que Milón fuera condenado al exilio); ingrata esta nuestra si lo expulsa y desgraciada si lo pierde! Pero acabemos ya: las lágrimas no me dejan hablar y Milón se opone a que lo defienda con lágrimas. Os ruego y suplico, jueces, que, en el momento de votar os atreváis a expresar lo que sentís» (*En defensa de Milón* 105).

El debate sobre el mejor estilo oratorio seguiría su curso tras la

desaparición del Arpinate, aunque en ningún modo la elocuencia en Roma conservaría el nivel que había alcanzado a lo largo del siglo I a.C., en buena medida porque el final de la República supuso la construcción de un nuevo régimen político que no ofrecía las condiciones idóneas para el desarrollo de la oratoria en libertad. Llama en cualquier caso la atención que, a pesar de su renombre, no oigamos hablar de jóvenes discípulos de Cicerón que, como era costumbre tradicional en Roma y como él mismo había hecho con sus maestros durante su adolescencia y juventud, aprendieran de él, le acompañaran al Foro y debatieran con él cuestiones de retórica. En realidad, a pesar de su enorme fama como orador, no se puede hablar propiamente de discípulos de Cicerón.

En definitiva, nuestro protagonista se vio a sí mismo como el romano que, en su tiempo, mejor se acomodaba a su propio modelo de perfecto orador y, en consecuencia, se consideró como la culminación de la historia de la elocuencia republicana en Roma. Así se presentó especialmente en su *Bruto*, pero también implícitamente en *Sobre el orador*, una obra que tenía como objetivo último sugerir que él reunía los méritos suficientes para ocupar en Roma un lugar preeminente, puesto que el perfecto orador era digno de tutelar el Estado como gobernante ideal, y él daba cuerpo a ese orador perfecto. Si se trataba en efecto del mejor orador de su época es una cuestión opinable —sin duda fue objeto de debate entre sus contemporáneos— y difícil de determinar para un historiador, puesto que de ningún otro político y abogado de entonces poseemos un volumen suficiente de discursos como para hacer posible la comparación (baste señalar a este respecto que, de su gran rival Hortensio, se han conservado exactamente dos palabras, transmitidas por un gramático tardío). En cualquier caso, Cicerón fue indudablemente un gran comunicador, un maestro de la palabra, tanto hablada como escrita, y así fue reconocido en su época y por la posteridad —por ejemplo por el hispano Quintiliano, uno de los estudiosos de la retórica y de la oratoria en el mundo antiguo—, y se mantuvo fiel a ella como principal medio de comunicación, pero también como instrumento en la lucha política, en una época en la que las armas acabaron por imponerse sobre el ámbito civil, provocando el fin del políticoorador que el Arpinate propugnaba.

«(*La oratoria) es la única actividad que en cualquier pueblo libre y en particular en las sociedades en paz y sin tensiones siempre ha florecido y siempre ha dominado... ¿qué hay tan placentero a la inteligencia y al oído como un discurso pulido y engalanado con sabios pensamientos y solemnes palabras?, ¿o tan poderoso y magnífico como que el estado de ánimo del pueblo, los escrúpulos de los jueces o todo el peso de un Senado pueda cambiar de dirección

con el discurso de uno solo?... Mas, para no pensar siempre en el Foro, en los escaños, en la tribuna o en la Curia, ¿qué puede haber... más propio de la condición humana que una conversación elegante y fluida en todo tipo de temas? Pues tan sólo en el hecho de hablar entre nosotros y ser capaces de expresar nuestras sensaciones mediante la palabra aventajamos particularmente a los animales» (*Sobre el orador* I 30-32).

Cicerón pretendía llevar la sabiduría filosófica a la vida pública, pero no quería a un filósofo como gobernante, sino a un hombre de acción dotado de una amplísima cultura e imbuido de principios éticos. Posiblemente tenía razón cuando se consideraba a sí mismo como la versión más acabada y completa del orador en Roma en toda su historia, pero la perduración y perfeccionamiento del modelo que él representaba precisaban de una libertad de palabra y de una competitividad que desaparecieron con la instauración del Principado augústeo. De ese modo, su orador polifacético y de saber enciclopédico, hombre de Estado cualificado para gobernar la comunidad, se extinguió con él al mismo tiempo que la República tradicional.